

Premio en prosa:

Real Cofradía
del Santísimo Cristo de la Fe
y San Vicente Ferrer

Tema: “Los jóvenes y el Cristo de la Fe”

LX Jocs Florals – Vila de Paterna

Lema:

“Una historia en cinco partes”

FRANCISCO JOSÉ SIMÓN LÓPEZ

Una historia *en cinco partes*



Designed by pikisuperstar / Freepik

<<En el cristianismo un número simbólico es aquel que no indica una cantidad, sino que expresa una idea, un mensaje distinto de él, que lo supera y lo desborda.>>

<<El número 5 significa "algunos", "unos cuantos", una cantidad indefinida>>.

Hoy os voy a contar la pequeña historia de un grupo que conocí hace algo más de cinco años, y lo hago en este mi blog de contenido online porque me parece interesante publicarlo.

Este grupo de personas del que hablo no tiene nombre definido, ni tampoco le interesa. Es un grupo de caracteres dispares, con un interés común y con un propósito de vida ligado a una figura importante para ellos, el Smo. Cristo de la Fe de Paterna.

Pero dejadme que primero os los presente de manera rápida.

De Pedro

Pedro es el mayor del grupo, aunque no tanto, como dice el, y también es el propulsor del mismo.

Por ser el nexo de unión de varios de ellos se había visto en la obligación de llevar “la voz cantante”, también porque tenía una formación mayor. Amigos con los que compartía pocos momentos, pues Pedro trabajaba ya desde hacía unos años y eso de salir había dejado de estar entre sus preferencias principales, sobre todo después de haber tenido a su primer hijo, aunque sí lo hacía en momentos que él consideraba importantes para su crecimiento personal.

De Marta

Marta es la más cercana a edad a Pedro, unos tres años menor, y es posiblemente la que más relación con la Parroquia tiene.

Era catequista de primer año y siempre había apoyado el canto de las celebraciones con su guitarra y tímida voz. Su familia era muy devota y le había inculcado desde bien pequeña el amor a Dios y al prójimo como bases fundamentales en su educación. Ella caminaba su vida, ahora que había comenzado la universidad, pero firme en el camino de su fe. Su voz melodiosa complementaba los silencios de la oración de una manera prodigiosa, el don que tenía era un regalo para todos nosotros.

De Juan

Juan es un currante nato, jefe de sala de un restaurante, festero y amante de licores varios también, pero atento, serio y respetuoso en el trabajo.

Siempre dispuesto a ofrecer su mano a aquellos que más lo necesitaban. Despreocupado por el dinero, salvo para lo fundamental, entregaba parte de su tiempo a colaborar con Cáritas: preparando bolsas de alimentos, hacer viajes con enseres y recoger donaciones, ya que disponía de una furgoneta vieja. Hacía ya un par de años que convivía con su compañero Santi y aunque Santi no mostraba los mismos intereses que Juan, este sabía llevar sus convicciones y su relación.

De Sara

Sara es la más joven del grupo, recién confirmada, ha hecho su formación en la parroquia de la mano de Pedro y otros catequistas.

Despistada y enganchada a las “influencers” del mundo digital, aprovechaba el poco tiempo del que disponía alejada de un móvil u ordenador para leer y escribir

“fantasía romántica”, como la definía ella. Una chiquilla de ojos brillantes y curiosos muy observadora y callada. De sonrisa fácil y mejillas sonrosadas.

Le caía bien Pedro, le parecía un chico sincero y directo, que no la forzaba en sus dudas e inquietudes respecto de la Fe. Es por ello que invitada, acudió una de las dinámicas de Semana Santa que había preparado para jóvenes y ya no abandonó el grupo en sus reuniones mensuales.

De Miguel

Miguel es el deportista del grupo, aficionado al baloncesto desde que a los cinco años le regalaron una canasta portátil. Siempre comprometido con el deporte y sus valores es un chico de carácter fuerte, impetuoso y de mucho sacrificio, en la actualidad compagina los estudios con los entrenamientos a nivel semi-profesional.

Él fue el primero en hacer piña con Pedro, se conocían de antes, habían compartido algunos años en la misma escuela y habían coincidido en los cursos de informática que apoyaban “los mayores” del cole. Pero su reencuentro se dio de una manera más significativa y fue en una procesión, por su barrio, con la imagen del Smo. Cristo de la Fe. Miguel era uno de los voluntarios que se presentó para llevar la imagen y Pedro ayudaba a unos amigos en la organización del acto. Al verse solo una sonrisa y el guiño de un ojo medió entre ellos, ya después compartieron unas cervezas y recordaron “viejos” momentos. De allí salió una nueva amistad que llega hasta la fecha y en la que aprendieron a compartir momentos de silencio y oración, además de salidas tras la imagen por donde procesionara.

<<Sabemos por nuestra fisiología que tenemos cinco sentidos -vista, olfato, oído, tacto y gusto- para experimentar el mundo. También tenemos cinco dedos en cada mano y cinco dedos en cada pie.>>

Bueno, yo soy Jaime, que no me había presentado aún, tengo 33 años. Soy sacerdote desde hace 2 años y ya hace algunos más ya que conocí a las personas y posterior grupo que os he descrito anteriormente. Fue en mi etapa de seminarista, en el seminario mayor de Moncada. Allí también tenemos una preciosa imagen de Cristo crucificado en la iglesia, pero yo no conocía aún al Smo. Cristo de la Fe de Paterna. Fue con mi servicio de Lectorado y posterior Diaconado en la parroquia y especialmente con ellos, con los que inicié un nuevo camino de indagación y acompañamiento que me facilitó terminar con mi vocación, al sentirme apoyado en algunos de mis momentos más bajos.

El primer día que entré a formar parte de aquella comunidad parroquial lo hice destinado desde el arzobispado, y ya en la primera celebración el sacerdote me dio la oportunidad de leer las lecturas de la misa y cantar el salmo.

Junto a gran parte de la comunidad, que conocería durante ese año, estaban también este grupo de jóvenes del que os hablo. Ellos, junto al párroco, me habían preparado una vigilia de oración en la preciosa capilla del Stmo. Cristo de la Fe y en ella, a través de unas dinámicas de presentación y oración, acompañadas de la preciosa voz de Marta, fui conociendo al que hoy es parte de mi vida, pues en ella aquellos cinco jóvenes, que la organizaban, me mostraron el rostro de Cristo de una forma distinta al que yo tenía asimilado. No sé si fue el momento, o las circunstancias personales, o el encontrarme rodeado de “jóvenes” que me acompañaban lo que hizo sentir en mi corazón un aumento de mi fe, un encuentro con Cristo de una manera especial, un sentirme discípulo amado de Jesús. Os confieso que a veces me cuesta expresar estos sentimientos, pero lo hago

como mis pobres palabras me lo permiten, así que sí, fue en aquel momento cuando ese Cristo de la Fe me fue presentado y ya me acompañará en cualquiera que sea mi destino designado, pues conservo su imagen en forma de estampa, junto a mi cáliz y mi patena.

Pero no he venido a “hablar de mi libro” en este texto, más bien a intentar mostrar la importancia del seguimiento en la fe, del crecimiento personal y de lo necesaria que es la juventud en nuestra cristiandad.

En Paterna, que tengo que decir que no conozcan ya sus propios habitantes, hay una gran devoción por esta imagen. Tan solo es necesario visitar el mercado ambulante, los martes por la mañana, situado en la plaza del pueblo a escasos metros de la puerta de la iglesia, y ver la cantidad de personas que acuden a sus pies a aclamarse, pedirle, darle gracias o simplemente presentarle su oración.

También se puede ver en el triduo donde la imagen “peregrina” recorre las calles hasta dormir en las parroquias de su casco urbano, en tres días de devoción y fiesta espontánea que lleva a sus devotos a portarla al son pasodoble o de comparsa mora o cristiana, a bañarla con pétalos de flores o regarla con el fulgor de los cohetes y el humo de sus tracas y carcasas.

Su procesión el lunes siguiente al último domingo de agosto, culmen de las fiestas en su honor y en el de San Vicente Ferrer, congrega a una gran cantidad de “Paterneros” en la procesión o en las calles por donde transcurre para verla.

La imagen del Smo. Cristo de la Fe, la grande, llevada por sus portadores, entre los que se encuentra Miguel, tiene una envergadura y presencia que empequeñece a aquellos que la admiran, veneran o respetan por igual manera. Cristo te mira con los ojos cerrados desde su cruz, con una faz de serenidad y otra de bondad, pues depende de donde la mires parece que su rostro te transmite una cosa u otra. Esto lo aprendí con el tiempo, pues no me había fijado de una manera especial, he de decir que yo solía estar más pendiente del Sagrario a los pies de la imagen que de la imagen misma, que es lo normal para cualquier

cristiano. Pero poco a poco esa unión de Sagrario e imagen fue quedando grabada en mi retina y la conservo para mis explicaciones y vivencias con confirmandos a los que instruyo en mi actual parroquia.

Pero volviendo al tema, con aquel grupo de cinco jóvenes comencé mis primeras reuniones parroquiales formativas animado por el sacerdote, que participaba en la mayoría que podía, aportando lo aprendido en el seminario y compartiendo vivencias, experiencias y visiones, aprovechando temas actuales, documentos oficiales nuevos del Papa, respondiendo a cuestionarios de la diócesis... acercándonos después a visitar la capilla y tener nuestro momento de silencio y oración. Ya posteriormente cena de “sobaquillo”, “picaeta” y cervezas o refrescos con los que compartir un momento distendido e idear proyectos, ilusiones o escucharnos dificultades vividas en el último mes. Puede que para ellos no fuera ese el momento más destacado, pero para mí el momento de compartir nuestras vidas, experiencias, sufrimientos, incomprensiones... siempre fue lo mejor de esas reuniones. Tener la posibilidad, como futuro sacerdote, de escuchar inquietudes dispares de la juventud y poder abrir también las mías, me proporcionó unas bases que creo me hacen hoy en día ser quien soy como sacerdote.

Aunque todos, como conjunto, en el grupo, me aportan algo especial. De cada uno de ellos tengo un recuerdo que podríamos considerar “único”.

Pedro fue el primero que conocí, aunque no en la parroquia, ni lo asocié a ella hasta meses más tarde. Fue en el seminario, allí acudió con el párroco a una charla de formación para Ministros Extraordinarios de la Comunión, donde también asistíamos todos los seminaristas, allí en el turno de preguntas realizó un par interesantes que aclaraban también algunas de mis dudas y no me sentí solo con ellas.

Cuando lo vi el día de la dinámica de bienvenida en la Parroquia me alegré de volver a coincidir con él y desde entonces comenzó una amistad que hemos conservado y perdurará en los años, pese a la lejanía que me impone mi servicio. Porque Pedro, de una manera laica fue mi confesor, la persona que más cerca ha estado de tocar mi corazón, con el que he compartido y comparto, “bendito” teléfono, mis momentos más bajos, discusiones, desilusiones, pero también alegrías y retos, charlas y conferencias, preparación de cursos de formación y oraciones... esa persona que el Señor te pone al lado para ser tu fortaleza, nunca mejor dicho, y que desde su visión un poco más experimentada sabe acercar unas palabras y un compromiso necesario en este difícil, pero grandioso, servicio mío. Imagino que su fe y su gran devoción por el Cristo le permite mostrar ese rostro sereno que el Señor tenía y ese acompañamiento veraz con el que instruía a sus apóstoles.

El segundo en presentarse fue Miguel, justo en unos preparativos meses antes de las fiestas en honor al Santísimo Cristo de la Fe y San Vicente Ferrer, pues en la parroquia andaban tomando medidas para hacerle un “baldaquín”, una especie de palio como el que cubre el Santísimo Sacramento en las procesiones del Corpus Christi. Me impactó su acogida, tal vez porque éramos los dos más jóvenes de entre los allí reunidos, porque sin que fuéramos presentados se acercó y me saludó, agradeciéndome la asistencia (pensaba que había ido como todos a “currar”) y segundos después cuando el párroco me presentó a todos como el seminarista y Lector asignado a la parroquia para seguir mi formación, me dio la enhorabuena con una amplia sonrisa a la que no supe responder más que con un mísero gracias.

Qué decir de Miguel, este chaval nunca tuvo una mala cara, nunca se mostró distante, siempre me dio la sensación que había compartido conmigo los juegos de la infancia, y no era solo conmigo, lo digo por destacar lo que yo sentía de él.

Miguel era igual con todo el mundo, él tenía el don que yo no tendré jamás de disfrutar de lo sencillo, del esfuerzo sin reproches, de vivir con alegría el trabajo en equipo, aunque fuera solo uno el que trabajaba, tan típico en nuestra sociedad. Miguel al igual que mi compañero de Seminario, Carlos, me acercaron a la realidad de las comunidades parroquiales que más tarde me tocaría “dirigir” o “encauzar”, recordándome, desde la sencillez, que el Señor siempre había sido el primero en el ejemplo, en la palabra y en los hechos. De él extraje la constancia y la alegría para completar diariamente mis oraciones y lo tengo presente en muchas de ellas, sobre todo cuando la fatiga del día aprieta y las ganas flojean.

De Marta quedé prendado la primera vez que escuché su voz, espero que no saquéis de contexto estas palabras, si la escucharais os pasaría lo mismo que a mí. Acompañó con el canto la primera eucaristía en la que yo participaba en su comunidad parroquial y en la posterior dinámica que compartimos, solo con su guitarra, y su don me hizo sentir la presencia de Dios en la celebración Eucarística.

Marta había pertenecido al movimiento Juniors, aunque ahora sus compromisos con la universidad y el conservatorio le impedían estar tan disponible como hace unos años. Seguía caminando en su fe en el grupo de catequesis, con los peques, porque decía que además de aportar su granito de arena recibía de ellos mucho más de lo que daba. La inocencia y la verdad, de la que muchas veces ha hablado el Señor, se hacían presentes en esos momentos de compartir enseñanzas. De ella aprendí la sencillez, el comunicar desde el corazón, la fortaleza de la fe también pues, aunque el mundo que la rodeaba se alejaba a pasos agigantados de sus creencias, se mantuvo firme y constante en el camino.

También he de agradecerle su generosidad, pues quiso acompañarme, al igual que el resto de amigos, el día de mi primera misa como sacerdote, cantando un muy significativo para mí Ave María, en el silencio de post comunión. Sin duda me sentí en una nube aquella tarde, porque la paz de aquel momento, cuando ya

todo ha terminado, estás limpiando la patena, el cáliz y recogiendo el altar, porque ha terminado la labor más importante que has realizado aquel día, me produjo posiblemente la mejor sensación que he tenido en mi vida, sentirme en Paz, en Gracia, con Dios.

Juan, mi apreciado Juan, que puedo decir de alguien que es capaz de entregar su vida por amor a los demás, no hay nada superior a eso. No he conocido a nadie con su predisposición y eso que en la parroquia hay personas que llevan años dejándose la piel, el tiempo, el sueldo... en darse a los demás en Cáritas y en otras asociaciones humanitarias. Pero Juan me hizo confrontar mi vida, me hizo entender esas palabras que el Señor definió como las más grandes: “Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”. Me hizo asumir que mi vida, en este camino de fe, también debía de ser entrega infinita. Me hizo sentir la grandeza de ese Cristo de la Fe, entregado por amor a todos nosotros. Ese Cristo que se dejó hasta la última gota de su sangre porque todos conociéramos el Reino que el padre nos ofrece, por mostrarnos el camino de la salvación en la entrega por los demás. En el servicio, como en la última cena.

Juan, qué carácter el de Juan, cuánto de ese amor por la entrega a los demás echo a veces en falta en mi corazón, con su recuerdo me impongo ánimos en tareas aburridas de parroquia, como las cuentas, las obras y la burocracia, pero que también son necesarias para el bien de mis parroquianos.

Qué puedo decir de Sara, de la pequeña Sara, de la Sara de los 45000 seguidores en Instagram. Puedo decir que el amor de Dios llega a cada uno de una manera diferente y que a veces a las personas nos cuesta definirnos, comprometernos, participar... pero vivimos en el camino de la Fe y el Amor.

Nunca vi a Sara en las celebraciones parroquiales, posiblemente su familia “no sea de iglesia”, pero rara vez faltó a las oraciones mensuales, en la capilla, que preparábamos. En ellas participaba, compartía y se sentía en paz, como ella nos decía en los momentos distendidos de después, no sabía explicar sus sensaciones y el porqué, pero sentirse pequeña ante aquella imagen le hacía bien.

En fiestas no se perdía un triduo, acompañando a los demás por las calles, conversando y peregrinando detrás de la imagen del Smo. Cristo de la Fe. Y el día grande, el de la fiesta, los años que estuve nunca se perdió la misa de descubierta. De ella aprendí a respetar los tiempos, a hacer de mi actitud ejemplo de las palabras de Jesús, que siempre ofrecía a los demás una palabra de aliento, una opción de esperanza... Constaté, porque ya lo había aprendido antes, que la fe no se puede “imponer” con doctrinas y mensajes, la fe es una opción personal que uno debe de ofrecer con constancia para que el otro la decida reconocer y acoger en algún momento de su vida.

No quiero dejar atrás otros muchos que los precedieron y me encaminaron, como mis padres, mi padrino de confirmación, compañeros del seminario y de ordenación, el tutor de Teología...

Confiado estoy en que el Señor me seguirá mostrando más caminos de aprendizaje de mi fe, para poder transmitirla a los demás. Algunos seguro que vendrán y conoceré después de escribir esto, pero tal vez por el momento y las circunstancias en las que lo viví, porque así lo quiso Dios para mí, o porque los astros se alinearon que dirán los escépticos, aquellas charlas a los pies de la Cruz, aquellos momentos vividos en la maduración final de mi vocación, son un momento vital que me hizo afianzarme en mi entrega y servicio a los demás, y por ellos estoy agradecido al Padre, que me los puso en el camino acompañándonos

a todos con la imagen de su hijo muerto en la cruz, con nuestro querido Cristo de la Fe.

Ellos han sido para mí como los dedos de la mano que me facilitan las tareas y el trabajo diario o los de los pies que me sostienen con solvencia, para seguir en el camino marcado por Dios para mí.

Espero que aquellos que lean este texto se muestren siempre abiertos a conocer las inquietudes de los más jóvenes, dispuestos a aceptar sus momentos y sus tiempos, atentos a sus esfuerzos y pasiones, capacitados para extender la mano y ofrecerles una guía, porque necesitamos de ellos como comunidades y cristianos. Solo puedo decir que el encuentro con estos cinco jóvenes me marcó, para mi bien y el de todos mis feligreses.